



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

DE HÉROES A ANTIHÉROES: LOS ESPARTANOS EN LA HISTORIOGRAFÍA EUROPEA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX*

César FORNIS
(Universidad de Sevilla)

Recibido: 04-09-2019 / Revisado: 22-05-2020

Aceptado: 22-05-2020 / Publicado: 21-12-2020

RESUMEN: Hasta finales del siglo XVIII los espartanos fueron el principal modelo y referente de la Antigüedad griega en la tradición y el pensamiento occidental, encarnando los valores de coraje, patriotismo, servicio a la comunidad, estabilidad constitucional y austeridad frente a una Atenas cuya democracia era percibida como oclocracia y su riqueza como corrupción. En el presente artículo mostraremos cómo la incipiente historiografía científica de la primera mitad del siglo XIX, particularmente en Gran Bretaña, desmontó el paradigma espartano al poner el foco sobre su excluyente régimen oligárquico, su militarismo y su esterilidad cultural y económica, al tiempo que lo reemplazaba por el paradigma ateniense, basado en su régimen democrático, su imponente legado cultural y el benéfico liderazgo de un imperio naval, una imagen que guarda un sospechoso parecido con el liberal e industrial imperio británico contemporáneo.

PALABRAS CLAVE: Esparta, Atenas, paradigma, democracia, historiografía, Grote, Bulwer Lytton.

FROM HEROES TO ANTI-HEROES: THE SPARTANS IN THE EUROPEAN HISTORIOGRAPHY IN THE FIRST HALF OF THE 19TH CENTURY

ABSTRACT: Until the end of the 18th century the Spartans were the main model and referent of Greek Antiquity in western tradition and thought, embodying the values of courage, patriotism, community service, constitutional stability and austerity against an Athens whose democracy was perceived as ochlocracy and its wealth like corruption. In this paper we will show how the incipient scientific historiography of the first half of the 19th century, notably in Great Britain, dismantled the Spartan paradigm by focusing on its exclusive oligarchic regime, its militarism and its cultural and economic sterility, while replaced by the Athenian paradigm, based on its democratic regime, its imposing cultural legacy and the beneficial leadership of a naval empire, an image that holds a suspicious resemblance to the liberal and industrious contemporary British empire.

KEYWORDS: Sparta, Athens, paradigm, democracy, historiography, Grote, Bulwer Lytton.

¹ El presente trabajo se ha elaborado en el seno del proyecto de investigación HAR2015-63549-P.

Es difícilmente cuestionable que Esparta, como Estado, y los espartanos, como pueblo, han constituido uno de los paradigmas más poderosos, más intensos y, sobre todo, más perdurables en la historia de la humanidad (Ollier, 1933-1943; Tigerstedt, 1965-1974 centrados en la Antigüedad; Rawson, 1969 en toda la tradición occidental). Desde la Antigüedad misma, la recepción que se hacía de Esparta solía ser la de una sociedad modélica, con un ordenamiento perfecto, fuente de inspiración incluso para la construcción de utopías, mientras los espartiatas (los espartanos de pleno derecho) eran vistos como unos ciudadanos virtuosos y ejemplares, esencia del hombre político en sentido aristotélico: aquel que se dedica a «las cosas de la polis», es decir, a los asuntos públicos, los que interesan a toda la comunidad (y no solo a la guerra, como se tiende a creer). Determinante se antoja el hecho de que, mientras el liberalismo decimonónico no «descubrió» para el mundo occidental las bondades de la democracia ateniense y depuró en gran medida este régimen de las connotaciones de desorden y de volubilidad de las masas que llevaba aparejadas, fue Esparta quien mejor personificó las virtudes de la civilización griega, una Esparta sublimada, irreal, forjada en gran medida en el taller de Plutarco, el erudito y moralista griego del siglo II de nuestra era, y legitimada por el saber ilustrado del XVIII.¹ En el presente artículo nos vamos a ocupar precisamente del momento crucial en que se produce el cambio de paradigma en la incipiente historiografía académica sobre el mundo griego antiguo, con un papel nuclear de los historiadores británicos de la primera mitad del siglo XIX.

Las primeras historias «académicas» de la Grecia antigua, las de John Gillies y William Mitford (publicada en 1786 la del primero, en 4 vols., entre 1784 y 1810 la del segundo, en 5 vols.),² con las revoluciones americana y francesa bien recientes para establecer convenientes analogías con Atenas, coinciden en su aversión hacia los excesos de una democracia convertida en oclocracia, en «el poder de la turba», en razón del desorden e inestabilidad que propician los caprichos de una masa voluble e ignorante, acéfala, mientras aprueban las instituciones sociales espartanas, a excepción del hilotismo.

Gillies, Historiador Real de Escocia, se dirigía al rey Jorge III en el prefacio dedicatorio en los siguientes términos: «Señor, la historia de Grecia muestra la peligrosa turbulencia de la democracia», concebida esta como una «feroz y licenciosa forma de gobierno con males incurables y un espíritu tiránico», frente a «los inestimables beneficios y la estabilidad que conlleva el gobierno legítimo de los reyes hereditarios»; para él, Licurgo, cuyas leyes propiciaron estabilidad, espíritu marcial y libertad política,

estaba resuelto a evitar las rocas en las que [los espartiatas] habían naufragado, a extinguir la ambición de conquistas distantes o extensas, a reducir la desigualdad de riqueza, a aplastar los nocivos efectos de la riqueza y el lujo; en una palabra, a detener la progresión de lo que se llama refinamiento, pero que para el poderoso discernimiento de este legislador no era sino la corrupción de la sociedad humana (1787, Vol. I: 127).²

¹ Para la recepción de Esparta en el Principado o Alto Imperio Romano, véase Fornis, 2017; sobre la Esparta de los ilustrados, Fornis, 2012a.

² Véase Murray, 2007: 345-358 para el tratamiento que se hace de Esparta en otras narrativas históricas de Grecia que precedieron a las de Gillies y Mitford en la Inglaterra del XVIII. Cf. también Turner, 1981: 189-192; Demetriou, 1999: 33-46, que se refiere a estas obras, incluidas las de Gillies y Mitford, como «vehículos para manifestos políticos inspirados en el pánico hacia la ideas y objetivos revolucionarios» que amenazaban el *statu quo* alcanzado con la Gloriosa en 1688 (33); Ataç, 2006 focaliza su estudio en la idea y administración de un imperio, donde el filolacónismo fue mucho menos acusado; Ceserani, 2011; Cartledge, 1994: 28; Roberts, 1994: 200; Demetriou, 1999: 37-38; Murray, 2007: 358-361.

Pero fue en particular la más influyente *History of Greece* de Mitford (con seis ediciones marcó las dos generaciones siguientes a pesar de un estilo pomposo que sería ridiculizado por Lord Byron en el canto XII del *Don Juan*), la que, con su método comparativo, dio la medida de las lecturas (negativas) que se podían extraer de la experiencia ateniense a la hora de sopesar la aplicación y viabilidad de la democracia a los Estados modernos. Mitford era un caballero de Hampshire (en cuya milicia compartió tiempo e intereses historiográficos con su amigo y modelo Edward Gibbon, autor en 1776 de *The decline and fall of the Roman Empire*, considerado el primer libro de Historia Antigua) que ejerció de ardiente antidemócrata en los bancos *tories* de la Cámara de los Comunes y que tenía el convencimiento de que ni la libertad ni la propiedad quedaban garantizadas por ley bajo los regímenes democráticos (de ahí su extraña *laudatio* de los Treinta Tiranos en Atenas o del «despotismo ilustrado» de Filipo II). Aunque Mitford no consideraba realmente a Esparta un modelo para Gran Bretaña, su retrato del ordenamiento, la sociedad y las costumbres lacedemonias parafrasea a los clásicos y, por tanto, absorbe de pleno su idealización, como se percibe en su descripción de las acciones licurgueas:

Para Licurgo nada era demasiado difícil, nada demasiado peligroso. Cambió todo enseguida: remodelación del gobierno, costumbres, moral, reeducación del pueblo; y todavía, con todas estas violentas alteraciones, estos experimentos políticos, arriesgados en tal extremo, ninguna consecuencia parece haber escapado a su penetrante genio; ninguna de estas audaces ideas fracasó en la práctica; él previó y él proveyó para todo ... Sus instituciones tenían como principio fundamental que el bienestar común era que importaba el conjunto, que los individuos comparativamente no eran nada, que no tenían derecho de propiedad, ni siquiera de vida, como no fuera subordinándose a las exigencias de la causa común (1784, Vol. I: 194 y 203).³

Incluso el hilotismo, que Mitford detesta («nunca la naturaleza humana se degradó a tal extremo como con los miserables hilotas»), se torna imprescindible si se ha de cumplir el ideal de que «cada lacedemonio sea, en el más estricto sentido del término moderno, un caballero, sin negocios». Es decir, excusa que haya individuos privados de libertad si con ello hacen perfectamente libres a otros, argumento que recuerda el aforismo del sofista laconófilo Critias, líder de la oligarquía conocida como los Treinta Tiranos, de que «en Esparta encontramos los más libres de los hombres y también los más esclavos» (Plutarco, *Vida de Licurgo*, 28.5).

Esta tendencia historiográfica acabaría por caer en el olvido desde que a mediados del siglo XIX la monumental *A History of Greece* del banquero londinense y radical filosófico George Grote, en doce volúmenes (1846-1856), sublimó el régimen democrático ateniense, incluso el más demótico o «demagógico», el encarnado por Pericles y Cleón (lejos de la «moderación» soloniana), al tiempo que ensombrecía los logros (sobre todo culturales) de los lacedemonios y censuraba la legislación y las costumbres licurgueas.⁴ La construcción de esta imagen positiva de la Atenas democrática resultaba de una lectura de las fuentes pasada por el tamiz de los ideales liberales de su tiempo (Sancho Rocher, 2015: 115), perfectamente

³ Cf. Rawson, 1969: 356-357; Turner, 1981: 192-204; Murray, 2007: 361-368; Roberts, 1994: 204-205, 234-238 y Demetriou, 2002: 60-62, que incluyen el punto de vista crítico con Mitford del historiador y parlamentario *whig* Thomas Macaulay, quien comentaba que en Esparta había «poco que admirar y menos que aprobar» y que «nada conduce más a la felicidad que el libre ejercicio de la mente, y dicha felicidad se disfrutaba de lejos más en Atenas que en Esparta»; la reseña de Lord Macaulay, publicada en un número del *Knight's Quarterly Magazine* de 1824, sería seguida dos años después del ataque directo a Mitford por parte de George Grote en el número 5 del *Westminster Review*.

⁴ Cartledge, 2014 selecciona y comenta tres temas/pasajes como ejemplos de la representación «salvajemente negativa en su mayor parte» que de las instituciones y acciones espartanas hizo Grote en su *Historia*.

contrapuesta a la imagen siniestra proyectada por una autoritaria, conservadora y antiliberal Esparta (Cartledge, 2014: 258). Así, por ejemplo, en el importante asunto del derecho a la propiedad, Grote deja claro a lo largo de su obra que la democracia ateniense nunca lo puso en riesgo, ni siquiera en cuestión (si bien en este punto hay que reconocer que, en contrapartida, su espíritu crítico le impide aceptar el igualitarismo económico que tradicionalmente se atribuía a los espartanos) (1869-1870, Vol. III: 181); también arremete contra la extendida idea de que los ciudadanos atenienses más humildes vivían a costa del Estado y tendían a la ociosidad (merced al *misthós* que se percibía por participar en Asamblea, Consejo y tribunales de justicia y al *theorikón* que subvencionaba los espectáculos), mientras se gravaban las propiedades de los más pudientes (Sancho Rocher, 2015: 99-100).

Largamente difundido, además de bendecido por un crítico de la estatura intelectual de John Stuart Mill, el trabajo de Grote, a quien se conocería en adelante como «el historiador de Grecia», fijó el canon en la historiografía de la Antigüedad griega de la Inglaterra victoriana, incluso si el cuadro de la Atenas democrática e imperial del siglo V a. C. que pintaba el miembro liberal de la Cámara de los Comunes recordaba en gran medida al parlamentario y naval imperio británico del XIX.⁵ Era un tiempo propicio para que la historia de la Grecia clásica fuera un vehículo para canalizar los asuntos más candentes de la política contemporánea, con la dicotomía entre liberales (*whigs*) y conservadores (*tories*) encarnando respectivamente a atenienses y a espartanos, lo que explica por ejemplo que Mill se refiriera a estos últimos como «los *tories* de Grecia» (Rawson, 1969: 359; Wood, 1994: 65-66). A diferencia del ateniense, el imperio espartano ni permitió el progreso ni fue un beneficio para la humanidad. Los espartanos llevaban la impronta del deshumanizado sistema educacional impuesto por Licurgo, que no formaba, como tradicionalmente se creía, ciudadanos valerosos, fuertes y honestos, sino individuos rudos, incapaces de empatizar con otros griegos y rapaces y ávidos de dinero (Vol. III: 138-139).

Fijémonos ahora en dos episodios relacionados con el trato que los espartanos daban a sus esclavos (supuestamente colectivos), los famosos hilotas. Por un lado, la famosa masacre de dos mil de ellos perpetrada durante la guerra del Peloponeso golpeó la sensibilidad del historiador victoriano por el ejercicio de fría y calculada crueldad de los espartiatas, pero también porque demostraba en Esparta «la ausencia no solo de debate público, sino de curiosidad pública» (Vol. II: 376-377). De no ser por la autoridad de Tucídides como fuente (Tucídides IV 80.2-4), Grote hubiera vacilado en creerlo. Pero no solo lo cree, sino que lo juzga y lo eleva a la categoría de genocidio: «Tal estratagema, tan páfida en la planificación, tan asesina en el propósito y tan completa en la ejecución, permanece sin paralelo en la historia griega —podemos casi decir, sin paralelo en cualquier historia» (Vol. VI: 146-147). Por otro lado, aunque su mente analítica le induce (con buen criterio) a cuestionar la *krypteia* tal y como es descrita por Plutarco (*Vida de Licurgo* 28.2-7), acepta esta brutal práctica institucionalizada de los espartanos porque está atestiguada por Platón (*Leyes* 633B-C), por más que este pasaje no se diga nada de matanza de hilotas, sino que se describe un *agón* o competición de resistencia (quizá ritual) de los jóvenes espartiatas (Fornis e Iriarte, e.p.). De esta forma, en opinión de Grote la criptia consistía en un «sistema policial o de espionaje» integrado por jóvenes espartiatas que vivían en la clandestinidad vigilando las aldeas hilotas y las ciudades periecas para asesinar potenciales elementos subversivos (Vol. II: 378-379). A Grote no le preocupa la suerte de los esclavos (de hecho, Grote se puso del lado de los

⁵ Plácido, 1994: esp. 30 ha sintetizado bien cómo, frente a Mitford, Grote «se muestra claramente al lado de la democracia, cuando expone que solo en esta se desarrollaron las energías públicas y privadas de los atenienses como nunca lo hicieron en la oligarquía», para dar como resultado un imperio militar, económico, intelectual y artístico. Sobre Grote son útiles asimismo Momigliano, 1952; Roberts, 1994: 238-252; Sancho Rocher, 2015; Demetriou, 1999 y 2014.

sureños en la guerra de secesión americana), pero se sirve de estos episodios para arrojar sombras sobre el «carácter inhumano del gobierno lacedemonio», tan alejado de la democracia ateniense que él admiraba (y que al fin y a la postre era una sociedad no menos esclavista que la espartana). Esta visión exacerbada y prejuiciosa tiene una reciente plasmación en una historia mundial del genocidio y del exterminio publicada por la Universidad de Yale, que arranca precisamente con Esparta, presente ya desde el subtítulo: *From Sparta to Darfur* (Kiernan, 2007).⁶

George Grote es sin lugar a dudas el exponente más visible, el escaparate podríamos decir, de la «revolución» en la historiografía británica e incluso europea sobre la antigua Grecia. Su influencia ha sido tan vasta que Paul Cartledge bromea con que habría que sustituir el tradicional B. C. (*before Christ*) por B. G. (*before Grote*).⁷ Grote es el responsable del criticismo hacia Esparta que imperó en el resto del siglo XIX. Pero recientemente Oswyn Murray ha rescatado de un cierto olvido historiográfico a un contemporáneo de aquel, Edward Bulwer Lytton, también parlamentario, además de poeta, novelista (en 1834 alcanzó notable éxito con *The Last Days of Pompeii*) y dramaturgo, quien adelantó ya muchas de estas nuevas ideas en su obra *Athens. Its Rise and Fall*, publicada en dos volúmenes en 1837, cuando Grote estaba preparando (y probablemente escribiendo) su *Historia de Grecia* (Murray, 2007: 378-386; Demetriou, 1999: 48-51). La figura del primer barón de Lytton es trascendental para la comprensión no tanto de la historiografía —dejó incompleta su obra al comenzar a publicarse la *History of Greece* de Thirlwall (*vid. infra*), que reconocía superior— como de la sociedad en que se produce. En él la idealización de Esparta aprendida en los autores clásicos y en los ilustrados franceses y escoceses se va desmoronando para ser reemplazada por la de Atenas, siempre y cuando no se pierda de vista que ninguna república antigua podrá erigirse en modelo para el Estado británico en la forma (tan solo en el espíritu de su legislación).

De principio, para Lytton el ordenamiento constitucional espartano no es ni armónico ni equilibrado, y ha sido «absurdamente panegirizado». El incorrecto funcionamiento del Consejo (*Gerousía*) y de la Asamblea de ciudadanos (*Apélla*) posibilitó el incremento en autoridad del colegio de cinco éforos, teóricamente representantes del pueblo, pero que en realidad usurparon el poder en nombre de estos para convertirse en «terribles tiranos» que gobernaron como una oligarquía estrecha, venal y corrupta. También negativa es su valoración de la sociedad: «Los espartanos eran una pequeña colonia de soldados apoyándose entre sí en un territorio hostil sobre una población que les detestaba», de ahí que «ser valientes, moderados y duros eran los únicos medios por los que escapar de la espada del mesenio y dominar el odio del hilota», lo que a su vez tenía como consecuencia la instauración de un sistema educativo atroz y lleno de privaciones como era la *agogé*. Lytton, como Grote, rechaza asimismo la igualdad de la propiedad en Esparta. Su sentido común le lleva a mostrarse escéptico ante el hecho de que Licurgo pudiera haber prohibido el uso del oro y la plata cuando la moneda aún era desconocida en Grecia. Y aunque no fuera licurguea, tal medida fue por completo contraproducente y provocó que «desde el rey al hilota, el espíritu de la codicia se extendiera como una enfermedad. Ningún Estado griego fue tan abierto al soborno y la corrupción». Por otro lado, la rigidez de sus costumbres es responsable de una paupérrima impronta cultural:

⁶ En cinco páginas (45-49), Esparta es caracterizada como una precursora del genocidio y como «un Estado secretista, militarista y expansionista que practicó frecuentes expulsiones de extranjeros y que demostró capacidad para el asesinato en masa» (p. 45).

⁷ En la introducción (p. xi) a la edición condensada de la *History of Greece* en la editorial Routledge (2001).

Por su valor Esparta fue durante mucho tiempo el Estado más eminente del más intelectual de los países; y cuando nos preguntamos lo que ha legado a la humanidad, lo que nos ha dejado en su rivalidad con Atenas —cuya poesía todavía anima, cuya filosofía todavía guía, cuyas artes todavía inspiran el mundo— nos encontramos tan solo los nombres de dos o tres poetas menores, cuyos trabajos han perecido y una media docena de páginas de concisos aforismos y sentenciosas réplicas (1838, Vol. I: 139).

Y como poder imperial Esparta cometió todo tipo de crímenes y atrocidades. Muy al contrario, Bulwer Lytton manifiesta gran simpatía por Atenas y por la obra de Solón. Pero lo que realmente sorprende, para la época en que está escribiendo, es la glorificación que hace de la Asamblea ateniense, tradicionalmente denigrada (incluso por el propio Grote en su juventud, en 1826) por tratarse de la institución que encarna la democracia más avanzada y, por ende, los peligros de los excesos populares: «Reunida para consulta de todos los asuntos, del más importante al más nimio, del más venerable al más trillado... todo era referido al pueblo, el pueblo aprendía de todo para juzgar. No tenían necesidad de una educación formal. Su vida entera era una escuela». Con estos planteamientos, entre atenienses y espartanos no hay parangón posible, como queda patente en este pasaje:

Un ateniense era, por nacimiento, lo que Milton soñó que el hombre podía llegar a ser únicamente por la labor de la más completa educación: en la paz un legislador, en la guerra un soldado, en todo tiempo y en toda ocasión penetrante en el juicio y resuelto en la acción. Todo lo que puede inspirar el pensamiento o deleitar el placer era para el pueblo. Suyos eran el pórtico y la escuela, suyo el teatro, los jardines y los baños. No eran, como en Esparta, las herramientas del Estado, ¡ellos eran el Estado! Licurgo hizo máquinas y Solón hombres [...] Esparta incorporó bajo el nombre de la libertad las peores complejidades, los máximos agravios y las más frívolas vejaciones de la esclavitud. Por consiguiente, Lacedemón floreció y decayó, legando a la fama hombres solo notables por su fuerte valor, fanático patriotismo y profundo mas deshonoroso oficio, atrayendo el asombro del mundo, pero sin avanzar ningún derecho para su reconocimiento ni hacer una sola contribución a su acervo intelectual. Pero en Atenas la genuina bendición de la libertad estaba correctamente situada, en las opiniones y en el alma [...] Mirando alrededor en esta hora, más de veinticuatro siglos después del establecimiento de la constitución que hemos analizado, en los trabajos del estudiante, en los sueños del poeta, en las aspiraciones del artista, en la filosofía del legislador, hemos advertido las imperecederas bendiciones que derivan de las libertades de Atenas y las instituciones de Solón. La vida de Atenas se extinguió, pero su alma misma trascendió, inmortal e inmortalizadora, a través del mundo (Vol. I: 204-205).

Quedaba despojar a Esparta de la vitola de defensora de la libertad griega frente al despotismo persa durante las guerras médicas, ganada con su liderazgo militar de los griegos, no menos que con la «altruista» y heroica muerte del rey Leónidas y sus trescientos en el desfiladero de las Termópilas. En este sentido, Grote y Lytton sitúan la victoria ateniense de Maratón como el hito fundamental en la formación de la memoria colectiva de Occidente, asociando triunfo de libertad y triunfo de democracia en su legado a la posteridad. «Incluso como acontecimiento de la historia inglesa», sentenciará John Stuart Mill, «la batalla de Maratón es más importante que la batalla de Hastings, porque si el

resultado de ese día hubiera sido diferente, britanos y sajones podrían haber estado aún vagando por los bosques».⁸ Tras una treintena de páginas en las que intentaba ofrecer una reconstrucción rigurosa de la batalla, Grote concluye:

Teniendo en cuenta todas las circunstancias, el supremo esfuerzo de coraje requerido de los atenienses no tiene paralelo en la historia de Grecia, sobrepasando incluso el combate de las Termópilas [...] A los atenienses les aportó resolución en su fidelidad panhelénica e hizo crecer la marea de sentimiento común y fraternidad patriótica en el interior de cada ciudadano [...] Entre los ornamentos con los que Atenas fue decorada durante el período de libre ejercicio de su democracia, las glorias de Maratón ocupan sin duda un conspicuo lugar (Vol. IV: 281-282).

La valoración de Lytton no difiere apenas:

Posteriores campos de batalla han presentado el espectáculo de igual valor y casi las mismas disparidades de mortandad, pero nunca en los anales de la tierra se unieron tan estrechamente en nuestro aplauso la admiración por el heroísmo de los vencedores y la simpatía por lo sagrado de su causa. ¡Fue la primera gran victoria de la opinión! Y sus frutos fueron cosechados, no solo por Atenas, sino por toda Grecia entonces y por todos los tiempos después (Vol. I: 274).

Unos años antes, el Romanticismo filohelénico, comprometido con el movimiento nacionalista helénico, había hecho su particular contribución a la consagración de Maratón como símbolo de toda resistencia al invasor. Así, el combativo Lord Byron, víctima a los 36 años de unas fiebres cuando se disponía a la defensa de Missolonghi frente al turco en abril de 1824, evoca el inmortal campo de batalla en el canto conocido como *The Isles of Greece*, del poema satírico *Don Juan* (1820):

Las montañas contemplan Maratón,
y Maratón contempla el mar.
Y meditando allí una hora en soledad,
soñé que Grecia aún podría ser libre,
porque erguido sobre la tumba de los persas,
no pude considerarme un esclavo.

En *Oda de acción de gracias* (1816), el también romántico William Wordsworth tenía en mente la espléndida *Stoa Poikile* (Pórtico Pintado) realizada por Polignoto en el ágora ateniense —donde Maratón acompañaba a dos victorias míticas de los atenienses: la de Teseo sobre las amazonas y el saqueo de Troya— al expresar en sus versos el deseo de que la reciente victoria británica sobre Napoleón sea objeto de una conmemoración pictórica de carácter cívico:

¡Victoriosa Inglaterra! Pide al silencioso arte que refleje,
en tonos brillantes que no se desvanecerán,
esos altos logros; como desplegó con una segunda vida
los hechos de Maratón sobre los muros atenienses.

⁸ En su reseña a la obra de Grote, publicada en el *Edinburgh Review* (October, 1846: 343).

Al igual que Byron cuando pisó los campos de Waterloo, Wordsworth une estos dos *lieux de mémoire* en su simbolismo del hundimiento de dos imperios (Rood, 2007). Aunque no comparable a las batallas de Salamina o de Platea ni en números ni en importancia estratégica, Maratón encontrará su lugar privilegiado en los anales de la historia militar al inaugurar las *Fifteen Decisive Battles of the World: From Marathon to Waterloo* (1851), libro de sir Edward Creasy que gozó de gran popularidad e influencia (uno de los más vendidos del siglo XIX);⁹ Creasey (2016: 25) la selecciona porque «aseguró para la humanidad los tesoros intelectuales de Atenas, el crecimiento de instituciones libres, la ilustración liberal del mundo occidental y la ascendencia gradual durante muchos siglos de los grandes principios de la civilización europea».

Dejemos Gran Bretaña y pasemos a Francia. Allí el aristócrata bretón François-René de Chateaubriand, con una formación clásica mucho más sólida que quienes habían llevado la revolución a su patria, expone en su *Essai historique sur les révolutions* (escrito en 1797 como emigrante en Londres y trufado de paralelismos entre el pasado helénico y el presente revolucionario) que debía ser una Atenas «burguesa» el espejo en el que debía mirarse la Francia contemporánea. El capítulo que el vizconde dedica a la fase más radical y sangrienta de la revolución lo titula *Sparte: Les Jacobins*, «monstruos [los jacobinos] que dieron la temible señal para invocar a Esparta de sus ruinas. Resonó por toda Francia como la trompeta del ángel exterminador, los monumentos de los hijos de los hombres se desmoronaron y las tumbas se abrieron».¹⁰ Algunos años después, en el *Itinéraire de Paris à Jérusalem et de Jérusalem à Paris* (1811) un Chateaubriand maduro se muestra más atemperado y afirma: «si odio las maneras de Esparta, no soy ciego a la grandeza de un pueblo libre, ni fue sin emoción que pisé su noble tierra». La cultura ateniense ha ido acaparando virtudes en su pensamiento, excepto por la democracia claro está, pues Atenas cae derrotada ante Esparta (en la guerra del Peloponeso) por los vicios de su gobierno, relata el viajero, dado que ante un Estado poderoso se hubiera necesitado «una voluntad única para la salvación de la patria». En su espíritu romántico conviven así inextricablemente las dos rivales: «Al pasar de las ruinas de Lacedemonia a las de Atenas sentí que hubiera querido morir con Leónidas y vivir con Pericles» (Mossé, 1989: 142-148; Loraux y Vidal-Naquet, 1992: 147-154; Vidal-Naquet, 1992: 204-209).

En su célebre discurso en el Ateneo real parisino, *De la liberté des Anciens comparée à celle des Modernes* (1819), Benjamin Constant también se ensañaba contra los doctrinarios laconófilos «que representan el sistema que, conforme a las máximas de la libertad antigua, quiere que los ciudadanos se sometan por completo para que la nación sea soberana, y que el individuo sea esclavo para que el pueblo sea libre» (Guerci, 1979: 12). Esparta simbolizaba esa primacía del Estado que frenaba el desarrollo de la libertad individual.

En historiografía, el viaje hacia lo que se ha denominado «la formación de la Atenas burguesa»,¹¹ incluso liberal, culmina con las figuras de Pierre-Charles Lévesque y Victor Duruy. En sus *Études d'histoire ancienne et de celle de la Grèce* (1811), el primero pinta a los lacedemonios reclusos en un «convento guerrero» en el que, merced a las reformas de Licurgo, reina «la ignorancia y la barbarie», incapaces de desarrollar cualquier actividad productiva que no sea la bélica, en completa oposición a una Atenas esplendorosa, convertida en faro de toda la humanidad. Se da la circunstancia de que Lévesque, miembro de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres y profesor en el Collège de France, había traducido al

⁹ Elección más que cuestionable (cf. Wheeler, 2013: 246-247 *et passim*).

¹⁰ La emulación de los antiguos espartanos llegó a su paroxismo con los jacobinos revolucionarios (cf. Fornis, 2012b).

¹¹ Este es el título de un influyente ensayo de Nicole Loraux y Pierre Vidal-Naquet a un congreso celebrado en el King's College de Cambridge en 1977 y reimpresso años más tarde (Loraux y Vidal-Naquet, 1992).

francés en el año II (1794) las *Máximas de los lacedemonios* de Plutarco, al comienzo de cuya introducción destacaba que este pequeño tratado «respira el amor a la libertad junto al más ardoroso coraje», lo que ha llevado a vislumbrar la mano de Robespierre en la publicación (Vidal-Naquet, 1992: 198). Sin embargo, unas páginas más adelante, con Termidor de por medio, entiende como vicios las costumbres espartiatas, «duras y groseras» las de los hombres, «desordenadas» las de las mujeres, que Licurgo no pudo corregir y se limitó a legitimar; pero es que además el legislador, contra todo arquetipo demiúrgico, «estableció en Esparta la aristocracia más opresiva, o más bien la halló establecida y la dejó subsistir», una aristocracia que compara con la de los señores feudales, «una casta poco numerosa y privilegiada que se había atribuido para sí el nombre del pueblo francés». Como acota François Hartog, la equivalencia entre Esparta y feudalismo extremo viene a demoler la mítica e ilusoria imagen de Esparta de muchos de sus conciudadanos.¹²

También Victor Duruy, que llegará a ser ministro de Instrucción Pública con Napoleón III entre 1863 y 1869, describe en su *Histoire de la Grèce ancienne* (1851, retomada y completada en 1862) una Atenas productora y liberal, «pacificadora de los mares para entregarlos al comercio y las artes» y que vive con Pericles «una edad de oro del espíritu humano», en contraposición a la «estéril máquina de guerra espartana», seguidora de unos principios licurgueos «impracticables, inflexibles y a menudo inmorales»; su atenocentrismo es tan descarado que mereció la airada reprimenda de Charles Nisard, portavoz de unas instancias universitarias aún deslumbradas por el universo lacedemonio, imperecedero —la gloria de Atenas es pasajera— y regido por «la superioridad moral de la aristocracia doria» (Loraux y Vidal-Naquet, 1992: 157-176).

En Alemania se está lejos de la historiografía liberal que se impone en las islas británicas y en Francia, sobre todo porque allí existe el problema de la unidad y la organización del Estado. En 1824 Karl Otfried Müller, profesor en la Universidad de Göttingen y pionero junto a Barthold Georg Niebuhr de una Historia de la Antigüedad convertida en disciplina académica, publica *Die Dorier*, libro de enorme trascendencia y que habría de mantenerse vigente en Alemania más de un siglo, hasta las décadas de 1930 y 1940, cuando conoció un nuevo florecimiento debido a que preconizaba la teoría del Estado racial destinado a la conquista y a la dominación de pueblos inferiores (Losemann, 1988). Müller reformula la leyenda de Esparta en clave romántica, a la vez que sienta las bases de la mística moderna en torno al dorismo (Janni, 1984: 31). En el marco de una concepción en la que la estirpe prevalece en las bases formativas, estructurales y definitorias de cualquier comunidad, Müller describe a los dorios como el *Stamm*¹³ griego más genuino y a Esparta como el ejemplo *par excellence* de dorismo, un Estado modélico por sus instituciones y costumbres, en suma, el arquetipo de *Herrenvolk*; claro que por Esparta Müller entiende exclusivamente a los espartiatas, dado que en su construcción racial periecos e hilotas no participan de ese dorismo, algo que, como ya denunciara George Grote, es erróneo.¹⁴ Frente a una Atenas abierta y «liberal», Esparta encarna bien el Estado robusto, hermético y de sólida unidad nacional que prefigura un Estado alemán jerarquizado y militarizado, aunque en estos años se trate aún

¹² Hartog, 1991: 125-127 y 1993: 39-41, que comenta la destrucción del mito del legislador demiurgo. Las mismas ideas retornarán en dos memorias sobre Atenas y Esparta leídas en los años VII y VIII y publicadas en IX y XI en *L'Institut National (Classe des Sciences Morales et Politiques)*, para ser finalmente recogidas en 1811 en los *Études d'histoire ancienne et de celle de la Grèce* (Hartog, 1993: 43).

¹³ No hay traducción exacta y apropiada para este término: «tronco, estirpe, tribu» son solo aproximaciones, pero pueden dar una idea.

¹⁴ Como ha subrayado Plácido, 1994: 26-27, es reseñable que Grote supiera sortear los criterios raciales imperantes en su época, sistematizados por Müller en el caso del dorismo, para defender ya entonces que los hilotas, lo mismo que los periecos, no eran menos dorios que los espartiatas, desarmando de esta forma el argumentario germánico que servía para explicar los conflictos internos en el mundo griego antiguo.

de Prusia (de hecho Müller llama a los espartiatas «prusianos de la Antigüedad», *Preussen der Antike*) (Christien, 1992: 101).¹⁵

Es en esa Esparta doria idealizada por Müller y no en los jonios orientalizados donde uno podrá encontrar el «alma» de los griegos, una pureza libre de contaminaciones (Rebenich, 2002: 329; Losemann, 2010: 231; Mas, 2014: 110). Esta apropiación de Esparta en clave racial y patriótica, que alcanzará su cenit con el nazismo,¹⁶ puede de alguna forma considerarse la perversión y la bastardía de un fenómeno más amplio, más antiguo y más prolongado en el tiempo, el de la influencia griega en la tradición cultural alemana en general y en su elite intelectual en particular, lo que en medios académicos se ha llamado la «tiranía de Grecia sobre Alemania».¹⁷

El camino trazado por Müller no fue seguido por su discípulo, el influyente historiador Ernst Curtius, tutor del príncipe Frederick Wilhem III de Prusia y responsable de una *Griechische Geschichte* en 3 vols. (1857-1867) en la que demostraba su admiración por los jonios y entendía como panhelénicos los mayores logros de la civilización griega (Rawson, 1969: 326). Curtius, además, revaloriza la Atenas periclea, aunque sea con matices, ya que no duda en describir a Clístenes, el fundador de la democracia, como un aristócrata ávido de poder, «el último imitador de los tiranos de los siglos VII y VI» (Payen, 2011: 37).

Con todo, la tesis del Estado racial no se circunscribió a los historiadores alemanes, sino que colegas contemporáneos no germanos se vieron «contagiados» intelectualmente. Así, Connop Thirlwall, cotraductor junto a Julius Hare de los dos primeros volúmenes de la *Historia de Roma* de Niebuhr en la Universidad de Cambridge y más tarde obispo de St. David's (Gales), así como miembro de la Cámara de los Lores, incorpora los resultados de la *Philologie* y la *Altertumswissenschaft* germanas a los ocho volúmenes de su *History of Greece* (compuesta entre 1835 y 1844), en la que la virtud y la grandeza espartanas se ligan más al componente genético que a la acción de Licurgo:

Sospechamos verdaderamente que es una noción falsa la omnipotencia de los legisladores humanos prevalente entre los filósofos, pero nunca confirmada por la experiencia [...] Es la contemplación de las instituciones espartanas mismas lo que parece justificar la conclusión de que no fueron tanto el trabajo del arte y la previsión humanas como una forma de sociedad originalmente congénita al carácter del pueblo dorio, a la situación en que se colocaron con sus nuevas conquistas y a sus dotes de liderazgo [...] En la raza doria el primitivo carácter helénico ha sido moldeado por las circunstancias bajo las cuales el pueblo se formó y ejerció de una forma peculiar (1835, Vol. 1: 297 y 337).¹⁸

Pero, más allá de este determinismo racial propio de aquella época (y de mucho después),¹⁹ la obra de Thirlwall pronto cayó en el olvido, quizá porque no respondía a las

¹⁵ Ahora bien, como ha matizado pertinentemente Andurand, 2013: 240, esto era perfectamente compatible con el hecho de que los helenistas alemanes sintieran una profunda admiración por el *Kulturstaat* ateniense, o, dicho de otra forma: gustaban del refinamiento y la sensibilidad de la cultura ateniense, particularmente en el período clásico, pero no de su régimen político.

¹⁶ El nazismo se apropió de una determinada imagen de Esparta y la instrumentalizó para sus propios fines, convirtiendo a la vieja polis clásica en el Estado totalitario, militarista y xenófobo que muchos, todavía hoy, creen que fue (cf. ahora Fornis, 2018).

¹⁷ Es el título del conocido libro de Eliza Butler, 1935, acuñadora de la expresión. Se habla, en otros términos, de una «afinidad electiva», un parentesco espiritual ideal que hace de Alemania una nueva Hélade y, viceversa, de Grecia una construcción alemana (cf. Andurand, 2013). También sobre este tema, aunque más acotado temporalmente (de 1896 a 1945), puede verse Mas, 2014, que incluye una selección de textos traducidos al castellano.

¹⁸ Murray, 2007: 372-377

¹⁹ En la historiografía anglosajona es todavía perfectamente visible un siglo después: baste citar la insistencia de

expectativas del círculo académico liberal y no dudó en mostrar lo que consideraba las flaquezas de la democracia ateniense (faccionalismo, demagogia, imperialismo, injusticia social, inmoralidad).²⁰ Tras la publicación de los dos primeros volúmenes de la *Historia de Grecia* de George Grote, él mismo escribió a su compañero de pupitre en la Charterhouse School de Surrey (y a la postre compañero de tumba en la Abadía de Westminster) reconociendo la inferioridad de su propia creación, y más tarde, en 1856, volvió a hacerlo celebrando la culminación de «tal monumento de sabiduría, de genio y de pensamiento sin paralelo en la literatura científica» (Demetriou, 2002: 50, 87).

La revolución historiográfica abanderada por Grote en el poderoso contexto reformista de los radicales filosóficos (Sancho Rocher, 2015: 89-95) no tenía vuelta atrás a la hora de cercenar la muy longeva y arraigada idealización de Esparta en el pensamiento occidental, o al menos abrir un largo paréntesis (ya nos hemos referido a su temporal reverdecimiento, bien es cierto que bajo otros parámetros, con el nacionalsocialismo alemán de la primera mitad del siglo xx). En su concepción historiográfica era una Atenas culta, democrática y legítima merecedora del imperio naval que regía con ecuanimidad y tolerancia la que debía ejercer de paradigma que simbolizara las virtudes y excelencias del llamado «milagro griego». Un siglo después, Gran Bretaña sería también escenario del surgimiento de otro acalorado debate cuyos rescoldos hoy día aún no se han apagado, el de si los miembros de dicho imperio eran aliados o eran súbditos y si estaban «contentos» con sacrificar un cierto grado de independencia (o libertad) a cambio de la protección que podía dispensar el *hegemón*, sobre todo a las clases más desfavorecidas, de ideario democrático (Ste. Croix, 1954/5). Pero ese es otro tema.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDURAND, Anthony (2013), *Le Mythe grecque allemande. Histoire d'une affinité élective*, Rennes, Presses universitaires de Rennes.
- ATAÇ, C. Akça (2006), «Imperial Lessons from Athens and Sparta: Eighteenth-Century British Histories of Ancient Greece», *History of Political Thought*, n° 27, pp. 642-660.
- BUTLER, Eliza Marian (1935), *The tyranny of Greece over Germany. A study of the influence exercised by Greek art and poetry over the great German writers of the eighteenth, nineteenth and twentieth centuries*, Cambridge, The University Press.
- CARTLEDGE, Paul (1994), «Ancient Greeks and Modern Britons», *History Today*, n° 44.4, pp. 27-31.
- (2014), «Grote's Sparta / Sparta's Grote», en Kyriacos N. Demetriou (ed.), *Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Leiden, Brill, pp. 255-272.
- CESERANI, Giovanna (2011), «Modern Histories of ancient Greece: Genealogies, contexts and eighteenth-century narrative historiography», en Alexandra Lianeri (ed.), *The Western Time of Ancient History. Historiographical encounters with the Greek and Roman Pasts*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 138-156.
- CHRISTIE, Jacqueline (1992), «Le mythe Spartiate: essai en historiographie», *Lakonikai Spoudai*, n° 11, pp. 93-104.
- DEMETRIOU, Kyriacos N. (1999), *George Grote on Plato and Athenian Democracy: A Study in Classical Reception*, Frankfurt, Peter Lang.

Wade-Gery sobre las diferencias raciales entre dorios y jonios en sus contribuciones a la primera edición de la prestigiosa *Cambridge Ancient History* a finales de los años 20. En la alemana alcanzará su clímax con el nazismo y, tras el hundimiento del régimen, pasó a ser un tema tabú durante décadas en las universidades y centros de investigación teutones.

²⁰ Véase Demetriou, 2002, con una posición un tanto revisionista que ve en Thirlwall a un historiador injustamente olvidado cuyo trabajo sirvió de puente entre la historiografía «partidista» y la historiografía «científica».

- (2002), «Bishop Connop Thirlwall: Historian of Ancient Greece», *Quaderni di Storia*, nº 56, pp. 49-90.
- DEMETRIOU, Kyriacos N. (ed.) (2014), *Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Leiden.
- FORNIS, César (2012), «La Esparta ilustrada», *Quaderni di Storia*, nº 76, pp. 33-82.
- (2012b), «Espartiatas e hilotas en la Revolución Francesa», en Francesca Reduzzi Merola (a.c.), *Dipendenza ed emarginazione nel mondo antico e moderno*, Roma, Aracne Editrice, pp. 489-499.
- (2017), «La imagen poderosa del pasado: la recepción de Esparta en el Principado romano», en Dionisio Pérez Sánchez *et al.* (eds.), *Poder y heterodoxia en el mundo greco-romano. Estudios en homenaje a Ma José Hidalgo de la Vega*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 47-65.
- (2018), «Apropiaciones de Esparta por el nacionalsocialismo alemán: el Estado racial», en Jordi Cortadella, Oriol Olesi y César Sierra (eds.), *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto*, Besançon, Presses universitaires de Franche-Comté, pp. 583-597.
- e IRIARTE, Unai (e.p.), «La *krypteia* y el fracaso del imperio espartano», en *As faces do império: mecanismos de controlo e estratégias de resistência*, Colección Humanitas Supplementum, Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra.
- GEHRKE, Hans-Joachim (2009), «From Athenian identity to European ethnicity: the cultural biography of the myth of Marathon», en Ton Derks y Nico Roymans (eds.), *Ethnic constructs in antiquity: the role of power and tradition*, Amsterdam, Amsterdam University Press, pp. 85-99.
- GUERCI, Luciano (1979), *Libertà degli antichi e libertà dei moderni. Sparta, Atene e i «philosophes» nella Francia del Settecento*, Napoli, Guida.
- HARTOG, François (1991), «Libertés des anciens, liberté des modernes: la Révolution française et l'Antiquité», en Roger-Pol Droit (ed.), *Les Grecs, les Romains et nous. L'Antiquité est-elle moderne?*, Paris, Le Monde Éditions, pp. 119-138.
- (1993), «La Révolution française et l'Antiquité. Avenir d'une illusion ou cheminement d'un quiproquo?», *La pensée politique*, nº 1, pp. 30-61.
- JANNI, Piero (1984), «Sparta ritrovata. Il modello «spartano» nell'etnografia antica», en Eugenio Lanzillota (ed.), *Problemi di storia e cultura spartana*, Roma, Giorigio Bretschneider, pp. 29-58.
- KIERNAN, Ben (2007), *Blood and Soil. A World History of Genocide and Extermination from Sparta to Darfur*, New Haven-London, Yale University Press.
- LORAUX, Nicole y VIDAL-NAQUET, Pierre (1992 [1990]), «La formación de la Atenas burguesa», en Pierre Vidal-Naquet (ed.), *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Madrid, Akal, pp. 129-176.
- LOSEMANN, Volker (1988), «Die Dorier im Deutschland der dreißiger und vierziger Jahre», en William M. Calder III y Renate Schlesier (eds.), *Zwischen Rationalismus und Romantik. Karl Otfried Müller und die antike Kultur*, Hildesheim, Weidmann, pp. 313-348.
- (2010), «Sparta, I. Image and Interpretation», en *Brill's New Pauly. Classical Tradition*, V, Leiden-Boston, Brill, pp. 223-247.
- MAS, Salvador (2014), *Alemania y el mundo clásico (1896-1945)*, Madrid-México, Plaza y Valdés.
- MOMIGLIANO, Arnaldo (1952), *George Grote and the Study of Greek History. An inaugural Lecture Delivered at University College London*, en Arnaldo Momigliano (ed.), *Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, London, College, pp. 213-231.
- MOSSÉ, Claude (1989), *L'Antiquité dans la Révolution française*, Paris, Albin Michel.

- MURRAY, Oswyn (2007), «British Sparta in the Age of Philhellenism», en Nikos Birgalias, Kostas Buraselis y Paul Cartledge (eds.), *The Contribution of Ancient Sparta to Political Thought and Practice*, Athens, Alexandria Publications, pp. 345-388.
- OLLIER, François (1933-1943), *Le mirage spartiate. Étude sur l'idéalisation de Sparte dans l'antiquité grecque*, I-II, Paris, de Boccard.
- PAYEN, Pascal (2011), «Clisthène et Lycurgue d'Athènes: le politique entre révolution et tradition. Détours historiographiques», en Vincent Azoulay y Pauline Ismard (dirs.), *Clisthène et Lycurgue d'Athènes. Autour du politique dans la cité classique*, Paris, Éditions de la Sorbonne, pp. 17-41.
- PLÁCIDO, Domingo (1994), «Nacionalismo, imperialismo y democracia: la *Historia de Grecia* de George Grote», *Revista de Occidente*, nº 152, pp. 25-36.
- RAWSON, Elizabeth (1969), *The Spartan Tradition in Western Thought*, Oxford, Clarendon Press.
- REBENICH, Stephan (2002), «From Thermopylae to Stalingrad: The Myth of Leonidas in German Historiography», en Anton Powell y Stephen Hodkinson (eds.), *Sparta: Beyond the Mirage*, Swansea-London, Classical Press of Wales, pp. 323-349.
- ROBERTS, Jennifer Talbert (1994), *Athens on Trial. The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton, Princeton University Press.
- ROOD, Tim (2007), «From Marathon to Waterloo: Byron, Battle Monuments and the Persian Wars», en Emma Bridges, Edith Hall y Peter John Rhodes (eds.), *Cultural Responses to the Persian Wars. Antiquity to the Third Millennium*, Oxford, Oxford University Press, pp. 267-297.
- STE. CROIX, Geoffrey Ernest Maurice de (1954/5), «The Character of the Athenian Empire», *Historia* nº 3, pp. 1-41.
- SANCHO ROCHER, Laura (2015), «La "Historia de Grecia" de George Grote y la Atenas de los liberales», en Laura Sancho Rocher (coord.), *La Antigüedad como paradigma: espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 87-120.
- TIGERSTEDT, Eugène Napoleon (1965-1974), *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, I-II, Stockholm-Göteborg-Uppsala, Almqvist & Wiksell.
- TURNER, Frank M. (1981), *The Greek Heritage in Victorian Britain*, London-New Haven, Yale University Press.
- VIDAL-NAQUET, Pierre (1992 [1990]), «El lugar de Grecia en el imaginario de los hombres de la Revolución», en Pierre Vidal-Naquet (ed.), *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Madrid, Akal, pp. 177-203.
- WHEELER, Everett L. (2013), «Present but Absent: Marathon in the Tradition of Western Military Thought», en Kostas Buraselis y Elias Koulakiotis (eds.), *Marathon: The Day After*, Athens, European Culture Centre of Delphi, pp. 241-267.
- WOOD, Ellen Meiksins (1994), «Democracy: An Idea of Ambiguous Ancestry», en J. Peter Euben, John R. Wallach y Josiah Ober (eds.), *Athenian Political Thought and the Reconstruction of American Thought*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 59-80.